

La calle para el miércoles 13 de julio de 2011
Diario de un espectador
Greene y la ruleta rusa
Miguel ángel granados chapa

Hemos contado aquí que Gabriel García Márquez se hermana con Vicente Leñero en la lectura de Graham. Greene, un narrador y periodista inglés al que ahora se lee poco o nada. En una época, por añadidura, padeció mala fama entre los nacionalistas mexicanos por los retratos de nuestro país que compendió en dos de sus obras. Una es un reportaje sobre el México de los años treinta, cuando viajó a este lado del Atlántico a atestiguar la “segunda persecución”, que tuvo lugar al comienzo del gobierno de Cárdenas, antes de que asumiera por completo el poder, para lo cual tuvo que desterrar a Calles. El título mismo de la obra revela su punto de mira: *Caminos sin ley*. Las vivencias que lo movieron aquí dieron la materia prima para una de sus novelas más celebradas, *El poder y la gloria*, la vida atormentada de un sacerdote bebedor en Tabasco.

Volvemos a encontrar una referencia a Greene en el libro de Ignacio Solares *Presencia de lo invisible*, por el que hace unos días nos acercamos a Amado Nervo (al que, según dijimos, hemos de regresar). Pero ahora nos conviene leer el trozo de una obra del autor británico cuya obsesión por el suicidio, según Solares, empezó tempranamente, a los 20 años:

“Recuerdo claramente la tarde en que encontré el revólver en el armario nuevo de abeto pardo del dormitorio que compartía con mi hermano mayor. Era al principio del otoño de 1923. El revólver era un pequeño objeto para dama, con seis cámaras. Como una huevera chiquita, y al lado había una caja de cartón llena de balas. Nunca hablé a mi hermano del descubrimiento porque, desde el momento en que ví el revólver, comprendí qué uso iba a darle

“Había leído un libro de Ossendowksi en que describía cómo los soldados rusos, condenados a la inacción en el sur de Rusia, al final de la guerra contrarrevolucionaria acostumbraban inventar juegos para escapar del aburrimiento. Alguien cargaba el revólver con una única bala y hacía girar el tambor al azar. El compañero que perdía en el juego —con cartas, dados o cerillos— se llevaba el revólver a la sien y apretaba el gatillo. Las posibilidades, claro, eran de cinco a uno a favor de la vida...

Con el peso encima del aburrimiento y la desesperación, no tuve la menor vacilación. Me metí el revólver en el bolsillo y lo único que recuerdo después es que atravesé el ejido de Berkhamstead en dirección a las hayas de Ashridge. Quizá desde antes de abrir el armario rinconero, el aburrimiento había alcanzado una intensidad intolerable. El aburrimiento es tan profundo como el amor, y más resistente. La verdad es que todavía llega a mí con demasiada frecuencia. Giré el tambor lentamente. Metí el cañón del revólver en la oreja derecha y apreté el gatillo. Hubo un clic

instantáneo y al mirar el tambor descubrí que la carga estaba ahora en posición de fuego. Recuerdo mi extraordinario sentimiento de júbilo, como si las luces de un carnaval se hubieran encendido en la sucia y oscura calle. Mi corazón golpeaba en su jaula y la vida contenía un número infinito de posibilidades. Fue como mi primera experiencia sexual. Volví a casa y dejé el revólver en su lugar. Repetí la experiencia un cierto número de veces. A intervalos prolongados encontré cuánto ansiaba la droga de adrenalina y llevé el revólver conmigo cuando regresé a Oxford. Lentamente se desvaneció el efecto de la droga y perdí el sentimiento de júbilo que la culminaba.”.